

EL HECHO CRISTIANO, Y SUS REPERCUSIONES PARA LA CULTURA

Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal
Ricardo-María CARLES GORDÓ
Arzobispo de Barcelona

Introducción

Una tarea inacabable y apasionante de la Iglesia es la de evangelizar las nuevas culturas que se van sucediendo, y que tienen unos valores que son cristianos y otros que no lo son.

Porque la cultura es esencialmente un producto de nuestra experiencia vivida — para los católicos también la fe es experiencia vivida y no pura creencia —, no nos queremos detener en ninguna cultura como algo definitivamente conseguido, sino como algo que, porque es fruto del hombre, es renovable, frágil y perfectible, tanto en el aspecto científico como en el ético. Y los católicos perfeccionamos la cultura evangelizándola; es decir, transiéndola del Espíritu de Jesús. No somos pues inmovilistas, ni opuestos al progreso auténtico.

Esta reflexión incluye los principios que regulan la relación de la fe cristiana, como experiencia determinante del sujeto, con la cultura y las culturas. Conviene recordar que la Constitución pastoral del Vaticano II, en el apartado dedicado a esta materia, reconoció la unidad esencial de la cultura y, a la vez, la diversidad de las culturas. Y no sólo en razón de las diversidades geográficas e históricas, sino por la actual transformación de los «estilos de vida» en el mundo (n · 54). El Concilio también subraya que el cristianismo es a la vez inmanente y trascendente con respecto a la cultura y a cada una de las culturas.

¿Hay en nuestro variopinto mundo de hoy algún punto de encuentro en lo que se refiere al concepto de cultura? Los 130 estados participantes en la «Declaración de Méjico 1982» (UNESCO) aceptaron esta definición de cultura:

«Con la palabra cultura, en un sentido general, se entiende el conjunto de rasgos distintivos, tanto espirituales como materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan una sociedad o grupo social. Abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias» (*Ecclesia*, n · 2090 [1982], p. 1053).

Es todo este conjunto el que estamos evangelizando. Y es lógico que sea «todo», si no olvidamos que todo está creado por Jesucristo y para Jesucristo.

Sería bueno añadir, para posteriores consideraciones de esta conferencia, el aspecto orteguiano de la cultura como movimiento «casi natatorio» de la humanidad para no perecer en la naturaleza. Y también será acertado, para comenzar la disertación, acerca del hecho cristiano y sus repercusiones sobre la cultura, con ánimo esperanzado, recordar que para la *Gaudium et Spes* (19,3) el ateísmo no es un fenómeno originario, sino derivado; por ello, la actitud de increencia es una actitud «segunda», y el creer, el estado primigenio (Cf. Rovira Bellosó, *Societat i regne de Déu*, Barcelona, 1991, p. 52).

1. Tres rasgos de nuestra cultura actual.

Si partimos de que la cultura está constituida por el conjunto de factores que permiten la realización de la persona, la cultura es también la que aporta sentido, finalidad y arraigo a la vida humana. Esto lo ha aportado siempre, y generosamente, el cristianismo. Lo ha aportado y lo aporta, aunque sea en unas circunstancias en gran parte nuevas, y que condicionan esa tarea en el presente. Estas circunstancias nuevas determinan una cultura marcada sobre todo por tres factores:

1.1.El racionalismo tecnológico y tecno-científico, que, positivamente, provoca una igualdad humana por encima de fronteras, razas, credos e ideologías; pero que, negativamente, pone en cuestión las identidades y los enraizamientos, y ofrece unas posibilidades nuevas de intervención en el hombre y en la realidad, pero no aporta sentido. Se produce así un choque entre este racionalismo tecno-científico y las sabidurías milenarias — culturales o religiosas —; a primera vista, en detrimento de estas segundas.

Sin embargo, el hombre, que se ha aferrado durante milenios a la cultura para no perecer en la naturaleza, quizá, por primera vez en la historia, se haya de aferrar a la religión, para no naufragar en una cultura que se le puede hacer enemiga. Porque hasta el cristiano de hoy naufraga — en cuanto cristiano y en cuanto mero hombre — cuando se sumerge en la cultura actual de forma indiscriminada, sin hacer juicio ni crítica de ella.

Cuando al hombre sólo le interesa la técnica — es decir, cómo *hacer* — y no siente ningún interés por saber cómo *ser*, se está destruyendo a sí mismo. El hombre, entonces, sólo valora la razón instrumental que, como dice Horkheimer, «se ha liquidado a sí misma como instrumento de comprensión ética, moral y religiosa». Evangelizamos la técnica, porque el hombre no es solamente «*faber*», realizador de cosas, y «*sapiens*», capaz de dar sentido a su vida, sino «*communicans*», abierto a la comunicación amorosa con sus semejantes y con su creador.

La modernidad, sustentada básicamente en la técnica y en la economía, y no en la contemplación, va creando un gran vacío de ideales y de creencias.

1.2.El segundo factor es lo que podríamos describir como la «**cultura-mosaico**». Por obra, sobre todo, de los medios de comunicación, se nos presenta una realidad fragmentada, inconexa, cuando no una realidad «light», «descafeinada».

1.3.Un tercer factor es el llamado «**pensamiento débil**», que se ha configurado como uno de los rasgos definitorios de la llamada Postmodernidad; aunque, para algunos, las debilidades múltiples de este tiempo lo convierten en una realidad tan evanescente que casi no tiene entidad.

La cultura actual, se ha dicho, es una cultura débil, desconfía de la verdad, de la pretensión de objetividad y de los llamados «grandes relatos» o de las grandes pretensiones, de los «contenidos fuertes». Si se encuentra ante afirmaciones absolutas, ante principios que se consideran adquiridos e intocables, ante convicciones profundas, surge enseguida una acusación que se aplica acríticamente, pero que equivale a una descalificación: la de fundamentalismo.

Frecuentemente se habla de «desmitificar», en libros, filmes y conferencias, como si ello fuera algo positivo. Me pregunto: ¿desmitificar más todavía, más cosas? ¿No es bastante achatado y elemental el nivel de muchas inteligencias humanas, que se encierran en una búsqueda de lo inmediatamente útil y de lo descomplicadamente placentero?

Afortunadamente, parece que estamos un poco de vuelta de esta postura reduccionista, que respondía a la pretensión de dar al hombre una gran capacidad crítica y libertad interior, mediante la aniquilación de todo lo sobresaliente, y con el pretexto de aniquilar falsos ídolos. Con razón se ha hablado alguna vez del «odio a lo excelente». Es una forma de dominarlo todo, destruyendo o despreciando lo que nos supera y no podemos dominar. Cuando es infinitamente más noble confesar que no se alcanza el ideal, que no intentar rebajarlo o negarlo.

«La marcha hacia lo religioso – dice López Quintás – sigue una dirección opuesta a la que marca el reduccionismo. Éste empobrece, aquélla busca cuanto enriquece y se pregunta tenzamente por el fundamento último de lo que rodea al hombre y le sostiene en la existencia. Si no se vive la vida personal con intensidad y autenticidad, persiguiendo las metas que están diseñadas en el propio ser, resulta difícil pensar enérgicamente hasta lograr descubrir el fundamento absoluto de lo que uno es y de lo que puede llegar a ser» (A. López Quintás, *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Madrid 1989, p. 41).

Wittgenstein, que también sufrió, a su modo, ante una cultura vacía de espiritualidad, se rebela contra la idea de que «debemos conformarnos con la sabiduría y la especulación»:

«Fe es lo que necesita mi "corazón", "mi alma" – dice – no mi entendimiento especulativo. Pues mi alma con sus pasiones [...] debe ser redimida, no mi espíritu abstracto».

«La sabiduría es algo frío y, en esa medida, tonto. (La fe, por el contrario, una pasión). También podría decirse: la sabiduría sólo te "encubre" la vida. (La sabiduría es como una ceniza gris y fría que cubre las brasas.) La sabiduría es gris, en cambio la vida y la religión son multicolores» (Cit. por A. Tornos en *Memoria Académica 1987-88 del Instituto Fe y Secularidad*, Madrid 1988, pp. 31-33).

2. El hecho de la Encarnación como punto de partida

Creo que el discernimiento cristiano ha de tomar como punto de partida una meditación sobre el hecho de la Encarnación.

Adelantemos que una cultura contruida sobre un concepto erróneo del hombre o del mundo – tal, aquella que niega la trascendencia – difícilmente puede contribuir a la felicidad del hombre. Sólo cuando el hombre tiene clara conciencia de que los dos puntos focales del hombre y de la humanidad consisten en proceder de Dios y volver a Dios, se sitúa dentro de las coordenadas reales de su existencia, puede entenderse verdaderamente a sí mismo y, consiguientemente, actuar en plenitud como hombre, tanto en su propia realización, como en sus relaciones interpersonales y en su actitud hacia la naturaleza. Me atrevo a afirmar que cuando el hombre se cierra a todo sentido trascendente, la materia que le rodea y que forma parte de él mismo, tiene suficiente fuerza para rebajar al hombre a su condición de «cosa».

En la búsqueda del hombre de un sentido, de una finalidad y de un arraigo a su existencia y a la realidad – que hemos aportado como una descripción común de lo que es la cultura – sucede en la historia un hecho nuevo, imprevisible y bueno para el hombre: Dios mismo ha entrado en la historia, se ha hecho, en la Encarnación, «encontrable», «palpable», compañero de camino del hombre.

2.1. La Encarnación, anticipación de lo definitivo

Desde la Encarnación, Dios permanece en la historia, presente al lado de los hombres, en la comunión de la Iglesia. Dios es, para quien ha encontrado a Jesucristo, no ya un interrogante desconocido, sino una compañía benévola y amiga, que sin dejar de ser misteriosa (incluso el misterio se desvela más grande en esta gratuidad humilde del donarse de Dios), es plenamente humana, puesto que acompaña y sostiene la vida, como gracia, en la humanidad de la Iglesia.

Por eso, la capacidad de evangelización, que lo es de testimonio, requiere alguna experiencia de interioridad del sujeto que soy, lo cual no es espiritualismo o piedad innecesaria, sino condición del testigo, que lo es, no de un ideal, sino de una persona.

Pues no basta conocer la Palabra, sino haber sido alcanzados y contagiados por la Palabra con suficiente fuerza de espíritu para transmitirla con generosidad. Así como la «Palabra salió del eterno silencio del diálogo sin fin del amor, para hacerse accesible y comunicable al hombre» (Bruno Forte, *La teología como compañía, memoria y profecía*, Salamanca, 1990) nuestra palabra ha de salir también del diálogo del silencio del amor interior. Sólo lo que sale muy de adentro del corazón, puede alcanzar el corazón del otro.

Sigue siendo verdad lo que afirmó Pablo de que sólo el amor de Dios nos puede «urgir» a la evangelización. Quien desea, anhela o añora poseer a Dios, necesita comunicar esa misma urgencia. «Yo creo que la tarea principal de mi vida es la de expresar a Dios en cada una de mis palabras y de mis sentimientos». Así expresó su convencimiento profundo Santo Tomás de Aquino (*Summa contra gentiles*, I, 2).

2.2. La Encarnación y la «cultura del corazón».

La Encarnación, como radicalidad de la presencia de Dios en la historia y en la condición humana, nos lleva a otra constatación que nos ha de ser de mucha utilidad en esta reflexión sobre el hecho cristiano y sus repercusiones sobre la cultura: lo que podríamos llamar la «cultura del corazón».

El corazón es para la Biblia, como sabemos, la intimidad más profunda del hombre, el centro mismo de sus más radicales opciones y decisiones. Y la cultura de un hombre o de un pueblo se sitúa — o debería situarse — en este mismo nivel. Porque no es desacertado afirmar que la cultura de un hombre, o la de un pueblo, es el modo en que las acciones de la vida y las obras que hace, de todo tipo, expresan su «corazón», ese centro que — siempre según la Biblia — es la sede de los pensamientos y de la voluntad. «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6,21).

El hombre, en sus acciones, en su relación con los demás, en las instituciones que crea, en todas las obras que hace, expresa siempre e inevitablemente dónde está su tesoro, y dónde está su corazón. Su corazón, es decir, su mirada sobre la realidad y la existencia humana, su mirada sobre sí mismo. Y desde su corazón, el hombre se arraiga en la Transcendencia, como respuesta a la «condescendencia», al «descendimiento», en la kénosis, del Hijo de Dios hacia el hombre, de que hablan los Padres de la Iglesia.

Por eso, como enseña Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis*, «el hombre es el camino de la Iglesia». Esta convicción fundamental de la encíclica programática de su pontificado, anima todo el pensamiento de Juan Pablo II.

3. La novedad cultural del cristianismo

Por todo lo dicho hasta aquí, podemos concluir que el cristianismo lleva consigo una verdadera novedad cultural; y la historia, como hemos dicho al comienzo, lo confirma.

El cristianismo ha demostrado una gran fecundidad histórica de generar cultura, de «encarnarse» en las más diversas culturas. Aunque este proceso se ha realizado ciertamente con dificultades, con tensiones e incluso – a veces – con retrocesos parciales, que, de todos modos, hoy son difíciles de evaluar, porque nos resulta difícil comprender cómo se planteaba en un momento determinado la tensión entre inmanencia y trascendencia en el cristianismo, y los valores cristianos que se salvaban o que podían quedar – o quedaban de hecho – comprometidos. (Aludo, por citar un ejemplo, a la cuestión de los ritos chinos, protagonizada por el jesuita Mateo Ricci).

El cristianismo lleva dentro de sí *una mirada* sobre la propia existencia, sobre el sentido y el valor de la propia vida, sobre el pasado y el futuro, sobre la persona humana, sobre el hombre, la mujer y sus relaciones mutuas, sobre el trabajo, sobre la convivencia entre los hombres y los pueblos – llamados a la unidad nueva de quienes están determinados por la comunión en Cristo –, sobre la historia, la amistad, el sufrimiento, el amor y la muerte. Todas estas dimensiones de la existencia humana quedan «tocadas» por la experiencia determinante de la gracia, por el «conocimiento – como dice Pablo – de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fil 3,8). Porque «tu gracia vale más que la vida» (Sal 62,4).

En esta hora de la historia, el cristianismo está llamado a demostrar una nueva fecundidad cultural. Se impone un discernimiento, iluminado por la gracia, para analizar aquellos puntos de anclaje del cristianismo en la cultura y en las ulturas de hoy. Mencionaré unos cuantos a título de ejemplo, consciente de que otras conferencias incidirán y ampliarán alguna de estas cuestiones:

3.1. La dignidad de la persona y de la vida, ya que la persona es no «un», sino «el valor» específicamente cristiano, de lo que nos hablará el profesor Stanislaw Grygiel.

3.2. La experiencia nueva de las relaciones hombre-mujer y, en general, las relaciones con los demás en el seno de la experiencia cristiana, que el mismo Prof. Grygiel llama «el paso de una antropología de la confrontación a una antropología de la gratuidad».

3.3. La familia, la experiencia del trabajo y las relaciones laborales desde una perspectiva personalista, en lo que el magisterio de Juan Pablo II nos ha ofrecido nuevas aportaciones.

3.4. La experiencia de la relación con los «diferentes»: clases sociales, extranjeros, a lo que también se hará referencia en la ponencia de Grygiel.

3.5. La articulación de la Iglesia en el Estado moderno, para – también en esto – dejar algunos tics del pasado y pasar «de la confrontación al diálogo», de lo que nos hablará Mons. Antonio María Rouco Varela.

3.6.La articulación de la verdad cristiana, la libertad y la conciencia – cuestión sobre la que nos hablará el P. Georges Marie Martin Cottier – que incide en uno de los mayores temores de la Modernidad frente a la Iglesia y a los valores católicos: la acusación de que ésta aspira a imponer «su verdad» a los hombres, haciendo caso omiso de las libertades conquistadas por la Ilustración y dando muestras de intolerancia. Éste es uno de los más serios malentendidos en orden a una «pastoral de la inteligencia y de la cultura», agravado por las deformaciones y caricaturas de las actitudes de la Iglesia y de sus representantes difundidas por ciertos medios.

3.7.Por último – pero no en último lugar – una cuestión sumamente actual, incluso en el ámbito español: la cultura de la nación en una perspectiva cristiana. La nación determina la lengua y, en un sentido más amplio, toda la tradición en la que se inserta la persona.

Desde este foro quiero recordar a ciertos responsables de nuestra nación la advertencia de San Agustín: «¡No busques una liberación que te lleve lejos de la casa del liberador!» Porque es grave que se dé una manipulación de las tradiciones, de la cultura, una dispersión de los valores del pueblo, promulgación de leyes que frecuentemente no están al servicio del ennoblecimiento de la persona. A propósito de esta manipulación cultural, Karl Popper, muerto recientemente, que no habla desde la religión, sino desde la fuerza de su discurso intelectual, dice:

«Entre las tradiciones que hemos de considerar más importantes, se encuentra la que podríamos llamar "marco moral", correspondiente – subraya – al "marco legal institucional" de una sociedad. Este marco moral expresa el sentido tradicional de justicia o de equidad de la sociedad, o el grado de sensibilidad moral que ha alcanzado. Nada más peligroso que la destrucción de este marco tradicional. (El nazismo – dice – trató conscientemente de destruirlo). Su destrucción conduce, finalmente, al cinismo y al nihilismo, es decir, al desprecio y a la disolución de todos los valores humanos» (*Conjeturas y refutaciones*, Barcelona 1994, p. 421).

Desde cada una de estas perspectivas, se puede comprender la creatividad cultural del cristianismo y su relación con la cultura. Porque esta relación no se puede concebir como si se tratase de la confrontación entre dos ideologías o entre dos realidades homogéneas, «la fe» y «la cultura». La fe es gracia, pero también es una verdadera experiencia humana, cuya verdad es verificable por la razón humana, y que es determinante para el sentido mismo de la existencia, porque da sentido pleno – y también humano – a la vida y a la muerte.

4. La actitud del cristiano.

La actitud del cristiano ante las culturas ha de ser una actitud llena de respeto y de afecto, que valora todo lo que en la historia y en las obras de los hombres es grande,

bello, verdadero y bueno. Es decir, que se reconoce todo lo que en la vida de las personas y de los pueblos es «vestigio», no deformado por el pecado, del designio original de Dios sobre el hombre en la creación. Éste es el sentido originario y verdadero del «ecumenismo» (cf. *Redemptor hominis*, nº 6, final).

4.1.Un discernimiento cordial.

Desde la pertenencia a Cristo – tal y como ya la hemos descrito antes – y desde la comunión visible de la Iglesia, es como se puede realizar ese criterio de discernimiento. El que vive de Cristo es capaz de reconocer las «semillas del Verbo» (San Justino), en todo lo humano. Esta actitud genuinamente cristiana, difícil pero necesaria, tiende a crear puentes entre el cristianismo y las culturas. Y se sitúa en una actitud equidistante de dos opciones: la aceptación ingenua y acrítica de la cultura ambiental y la condena global de la cultura o las culturas.

Creo que esa mirada cordial y valorativa – inspirada en el amor cristiano y en la visión esperanzada de la bondad de la creación, a pesar de la herida del pecado original y personal – es decisiva para el cristiano y para la Iglesia. Porque el cristiano sabe que la cultura es «obra del hombre» pero que también es «obra del Espíritu de Dios en el hombre y en el mundo».

4.2.No «sufrir» la cultura, sino «hacerla».

No podemos olvidar que el hombre es el único ser que posee historia y que hace historia. Los seres no inteligentes viven en el tiempo, pero el devenir no es para ellos historia, más bien es pura sucesión. Tener conciencia del tiempo es tanto como conocer la posibilidad de transformarnos y de transformar nuestro entorno, en lo físico y en lo moral.

Menos que otras personas, el cristiano no puede resignarse a «sufrir» la historia. Se sabe llamado a realizarla, a darle vida, injertando en ella la fuerza de la gracia, que le hace capaz de «dominar la tierra», inteligente pero bondadosamente – pues que no de otra manera la creó el Señor Dios – y de santificarse, haciéndose progresivamente cada vez más semejante a cómo el Padre lo ha soñado.

Esta actitud *activa* ante la historia y ante la cultura puede demandar a veces una actitud de «resistencia espiritual», que derive también en «resistencia cultural». La visión realista de la historia y de la cultura en nuestro siglo nos ilumina sobre la necesidad de esta actitud de resistencia ante ciertas derivas culturales, inspiradas en visiones acristianas o anticristianas. La vida misma de Juan Pablo II, antes y después de su acceso al ministerio papal, es muy ilustrativa en este sentido.

4.3.La mediación de la comunidad humana y cristiana.

Toda cultura hace referencia a un pueblo, a una tradición, y se nutre de la pertenencia a un pueblo y a una tradición. En este sentido, la cultura como hecho social nunca se puede reducir al individuo. En este aspecto, cabe hacer una aplicación a la comunidad humana y a la comunidad cristiana, como instancias de mediación en la vivencia, en la transmisión y en la inculturación del cristianismo en la actualidad. El *humus* de la novedad cultural cristiana es la comunión de la Iglesia, en la que se da al hombre la gracia y la misericordia de Cristo, y en la que se renueva cada día el encuentro con él.

4.4. Algunos ámbitos de creatividad cultural.

De esa experiencia vivida y presente de la novedad y de la gracia de Cristo, es de donde brota la expresividad cultural de la fe. Hay que preguntarse si la pérdida de esa expresividad cultural de los cristianos, progresiva a lo largo de la Edad Moderna, no tiene que ver con una debilitación progresiva, en la conciencia de los cristianos, de la pertenencia a la Iglesia como la pertenencia primera y más radical, porque es el lugar donde nos es dado el encuentro con Aquél que da sentido a todo. Fuera de esa pertenencia, la figura de Cristo se «ideologiza», se hace lejana y abstracta; deja de ser el centro del corazón y pierde creatividad cultural, poniéndose la fe al servicio de otras ideologías o proyectos humanos.

Hay recelos, sin embargo contra ese «humus» para la experiencia espiritual, que es la Iglesia. Y aún se la considera no pocas veces, fríamente, como mera «institución». Aparte razones teológicas, el sociólogo Peter Berger sostiene que la fe debe expresarse dentro de una comunidad, que hay que pertenecer a una Iglesia determinada. He aquí algunas razones que él aduce: la experiencia religiosa se convertiría en un fenómeno muy fugaz, si no se preservase a través de una institución; la institucionalización de la religión es lo único que permite que se transmita de generación en generación, porque nada humano sobrevive, si no es de manera institucional. Más aún, como ha puesto de manifiesto sobre todo Maurice Halbwachs, podríamos recordar muy poco de nuestra propia experiencia, si no pudiéramos situarla dentro de un marco de referencia social, lo cual significa inevitablemente un marco de referencia institucional. Y todo ello, por la profunda condición social del hombre.

Hasta los que él llama los más grandes «*virtuosi*» de la experiencia religiosa, como por ejemplo Pablo, tras encontrar a Cristo resucitado en el camino de Damasco, se refugia en la comunidad cristiana de aquella ciudad, donde comienza a buscar el sentido de ese acontecimiento tan conmovedor. Y, mirando a las masas, el resto de nosotros, la gente corriente en el ámbito religioso encontramos la transcendencia en un entorno institucional de culto y catequesis. No alcanzamos a éxtasis, sino a trémulas chispas de transcendencia dentro de una experiencia de asombro, momentánea y, por lo general, solitaria. Para captar su sentido y su realidad, y para ser capaces de recordarlos, necesitamos del marco de referencia de la tradición institucionalizada en la que estamos arraigados. Las grandiosas experiencias de los santos las pone a nuestra disposición la

institución, y, sin ella, aquéllas se habrían perdido. Sin instituciones religiosas no existiría la historia de la religión (Cf. Peter L. Berger, *Una gloria lejana*, Barcelona 1994, pp. 209-212).

Termino esta parte indicando algunos ámbitos en los que parece urgente avanzar en la creatividad cultural y en la inculturación del cristianismo.

4.4.1. La expresividad estética de la fe, sobre todo a través del arte, porque el arte es gratuidad, y porque — como dice Juan Pablo II en *Christifideles laici*, el arte es una de las mediaciones para inculturar la fe. El ejemplo de Gaudí: la sinceridad de su vivencia cristiana, de estilo franciscano, y la constancia de la firma «cristiana» en sus obras: la cruz, el Avemaría...

4.4.2. La expresividad amorosa y solidaria de la fe, sobre todo en esta cultura individualista, orientada a la satisfacción propia. En este sentido, son emblemáticas figuras como el Abbé Pierre, Teresa de Calcuta o Maximiliano Kolbe, y los misioneros y misioneras asesinados en Argelia y en otras partes del mundo, que son signos del valor de la ofrenda cristiana, incluso hasta el martirio.

4.4.3. La expresividad ética de la fe, mediante una vida coherente con la fe. En suma, con la santidad, «porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad de las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente» (Tit 2,11-12). No podemos olvidar que algunos se alejan de la fe, no por razones intelectuales, sino por sus comportamientos ajenos a la moral católica.

4.4.4. El respeto al hombre y a su libertad, como expresión de la fe. Quizá sea cierto que existe un temor a que la Iglesia quiere imponer — que no proponer — los valores cristianos.

Un aspecto derivado de este principio del respeto al hombre — sea creyente o no lo sea — es el principio del ecumenismo, como reconocimiento de los valores cristianos de los cristianos no católicos e incluso de los valores de las religiones no cristianas.

Sin embargo, el ideal evangélico hemos de presentarlo con toda la fuerza que tiene. Hemos de gritarles, a los que abandonan con las obras su fe, que optar por Cristo o marginar a Cristo no están en pie de igualdad. Y esto tiene que ver con la libertad con que se ha de optar por la fe. Puesto que no se puede optar libremente sin estar alertados de los riesgos de la increencia, como son la irracionalidad, la carencia del sentido de la vida, o el sentimiento trágico de la existencia.

4.4.5. El diálogo con la ciencia y la técnica. Estamos los creyentes muy lejos de la desalentadora visión del hombre y de su tiempo que tuvo, acerca del suyo, el escritor Joseph Conrad en una carta dirigida a Bertrand Russel, el 23 de octubre de 1922.

«Nunca pude hallar en un libro o en la conversación de un hombre nada que me convenciera bastante como para enfrentar siquiera un momento mi arraigado sentido de que la fatalidad gobierna este mundo habitado por el hombre. [...] El único remedio aplicable es el cambio de los sentimientos. Pero, cuando se repasa la historia de los 2.000 últimos años, no hay motivos para esperar tal cosa, y eso pese a que ahora el hombre vuela. [...] El hombre no vuela como un águila, vuela como un abejorro» (P. Johnson, *Tiempos Modernos* [A history of modern world], Buenos Aires 1988, pp. 21 y 24).

En ciertos aspectos la técnica, y aún la cultura, se vuelven contra el hombre. ¿Por que? Cuando el medio ambiente, el físico y el social, no están muy transidos por la razón del hombre, aquél influye solamente en la vida biológica, pero levemente en la espiritual. Son los largos momentos de la historia en los que la cultura ha servido primordialmente para que el hombre no naufrague en la naturaleza. Pensemos en el inicio de la utilización del fuego, de los primeros utensilios, pensemos en los inicios del pastoreo y de la agricultura.

Pero en nuestro mundo, empapado por la razón del hombre, a través de la técnicas y de los medios de comunicación, la cultura creada influye en todo el hombre, positiva o negativamente. A no ser que éste cree su propio ambiente, cultivando su interioridad — por la lectura, la reflexión, la creación — y busque el clima de un grupo cristiano o, al menos, de un posible humanismo.

Los científicos se interrogan ante sus descubrimientos y ante el humanismo del pasado, que, a veces, resulta alejado o extraño a sus preocupaciones. Una cuestión importante en el diálogo con las ciencias es el del reconocimiento de su autonomía, según el pensamiento del Vaticano II, aunque esta autonomía no tenga que ser un secularismo o una ruptura con Dios y con los valores religiosos, ni por parte de la Iglesia una continuada tutela como la de los padres con el hijo menor de edad.

Por otra parte, una verdadera «revolución cultural» sacude el mundo, sobre todo por el impacto tecnológico, al que se hecho referencia. ¿Cómo podría la Iglesia desinteresarse de él, cuando en realidad condiciona la misma conservación y la transmisión de su entero patrimonio cultural? Pienso, por ejemplo, en la incidencia de la informática en los estudios humanísticos, como soporte documental y como recurso instrumental en los estudios bíblicos, patrísticos, litúrgicos, y del magisterio eclesial y teológico, en el acceso y en manejo de las fuentes.

Este diálogo con la ciencia ha de ser un objetivo sobre todo — aunque no en exclusiva — de las instituciones docentes cristianas de nivel universitario: facultades teológicas,

universidades católicas, etc. De manera especial han de trabajar en este campo los «centros fe y cultura» que han surgido en diversos países de Europa y que ya han realizado algunos encuentros regionales.

4.4.6. Construir un «espacio» para la visión cristiana en los MCS. Sabemos muy bien todos que los valores cristianos han de huir de convertirse en un guetto en la sociedad actual. Los valores cristianos no aspiran a un «espacio» donde pudieran vivir como en una «reserva étnica», sino que han de ser fermento en la sociedad, cuya matriz es en buena parte cristiana, y en la que la religión está en gran parte sofocada por una capa de secularismo, como un rescoldo bajo una espesa capa de cenizas. Los mensajes y estímulos religiosos de los MCS generales son actualmente muy débiles en Europa, y en algunos países vienen envueltos no en críticas razonadas, sino — lo que es peor — en burlas y sátiras de la religión.

4.4.7. Creo de especial importancia el **fomento de comunidades contemplativas**, tanto masculinas como femeninas. Y que unas y otras asuman esta vocación de inculturación del cristianismo en el mundo. Quizá sorprenda, en esta perspectiva «encarnativa», de «presencia» y «mediación cristiana», este recurso a la vida contemplativa, especialmente a la monástica. Pero la historia nos ilustra que la delicada alquimia de la inculturación requiere un clima de silencio y de plegaria...

Se habla en la vida religiosa actual de «comunidades de inserción», en referencia a la presencia de los religiosos en ambientes de marginación. A esta laudable inserción ambiental y social, ¿no cabría añadir las «comunidades de inserción cultural»? ¿No podría ser éste uno de los objetivos del monaquismo tradicional de la Iglesia ante la nueva diversidad cultural?

5. Talante de la evangelización de la cultura: la esperanza y la osadía.

No podemos aceptar que el secularismo — como frecuentemente se acepta — sea un fenómeno inevitable, que causa unas erosiones sociales ante las cuales estaríamos impotentes, porque luchamos contra corrientes ideológicas perennemente hostiles: hedonismo, materialismo, racionalismo o antirracionalismo.

La primera verdad para nosotros es la de un Dios creador. Pues bien, creer en el Creador es vivir como criatura. Ello supone no objetivar fríamente las situaciones, desentendiéndose de ellas, ni pensar que Dios se desentiende de nuestros problemas. Porque vivir como criatura es acoger a Dios, y no como fabricante en serie de cosas; puesto que lo propio del amor — y Dios es Amor — no es fabricar fríamente, sino ser fuente inagotable de comunicación del ser, de la belleza y de la bondad.

Hoy mismo Dios sigue siendo creador, nos mantiene en la existencia, percibimos en nosotros el olor de sus manos divinas. Él gusta de llamarse «alfarero de nuestras vidas».

A cada instante brotamos del amor creador de esas manos divinas. Un tal amor no puede sino llenar la totalidad del espacio y del tiempo de un hombre. Supone mirar todo con optimismo.

Vivir como criatura es sellar un pacto de simpatía y solidaridad con toda la creación, a pesar de los fracasos que nos puedan sumergir en ella o de las maldades de los hombres que la puedan ensombrecer. «Eso» no es la creación, ni «ése» es el hombre.

Vivir como criatura es reconocer que somos criaturas creadoras, porque estamos dotados de libertad. Creadoras, por supuesto, también de nuestro propio destino. De ahí que ni podamos resignarnos a soportar una realidad negativa, ni podamos prescindir de lo que espera de nosotros – personal y comunitariamente – quien amorosamente nos creó.

Dios nos ha confiado el terminar su obra; y en el espacio intermedio entre esta creación inacabada y la perfección a la que es llamada, hay un ilimitado campo abierto a la libertad del hombre. Usar adecuadamente ese campo es lo que funda la dignidad humana y la felicidad de la humanidad. Es ésta la razón de que el cristiano de hoy se sienta responsable de la dirección que pueda emprender la cultura del futuro.

Y tenemos esperanza, porque trabajamos a contracorriente de una parte del mundo, pero a favor del querer omnipotente de un Dios bueno. Finalmente, existe una firme convicción con foma de esperanza: el futuro del ser humano dependerá de nuestras opciones claras, de nuestro coraje colectivo, de las nuevas culturas que hayamos creado. A partir de ahora, conciencia y cultura serán solidarias. El resurgir de las nuevas culturas supone para los cristianos un desafío inmenso y una gran esperanza. Es urgente una reflexión y búsqueda, y una acción de todos los cristianos colaborando con todos los hombres de buena voluntad interesados en la humanización de la cultura (Cf. H. Carrier, *Evangelio y culturas*, Madrid 1987, p. 170).

6. Conclusión: Evangelizar, ante el nuevo milenio

A pesar del libro de Fukuyama, parece que no estamos en *El fin de la historia*. Ciertamente, no en el fin de la historia del cristianismo. Consciente de ello, Juan Pablo II se dispone a hacer realidad aquello que le dijera en el cónclave el cardenal Stefan Wyszyński, cuando se iba perfilando la posibilidad de su elección: que tendría la misión de introducir a la cristianidad en el tercer milenio. A ello está entregado con todas sus fuerzas y con un amplio programa que nos ha trazado en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*. La Iglesia, decía Federico Ozanam, «pasa continuamente a los bárbaros», sin querer dar ningún matiz despectivo a esta expresión. El diálogo de la Iglesia con las culturas no ha cesado nunca. Y nunca ha de cesar. «*Nunc coepi*». El futuro es hoy, como dicen los jóvenes. Ahora mismo, con la ayuda del Señor y de su Espíritu, hemos de relanzarlo ante un ya inminente nuevo milenio, para que pueda ser realidad

lo que decía Juan Pablo II en su primer discurso al nuevo Consejo Pontificio para la Cultura, el 18 de enero de 1983:

«Para la Iglesia, este diálogo [con las culturas] es absolutamente indispensable, pues de lo contrario la evangelización se quedaría en letra muerta. San Pablo no dudaba en decir: "¡Ay de mí, si no evangelizare!". En este final del siglo XX, como en tiempos del Apóstol, la Iglesia debe hacerse toda para todos, acercándose con simpatía a las culturas de hoy. Existen todavía ambientes y mentalidades, como también países y regiones enteras, pendientes de evangelizar, lo que supone un largo y valiente proceso de inculturación, a fin de que el Evangelio penetre en el alma de las culturas vivas, respondiendo a sus más altas expectativas, y haciendo que crezcan incluso hasta la dimensión de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas» (nº 4: AAS 75 [1983] 384).

(English)

Cardinal Ricardo-María Carles Gordó points out that in former times culture gave man's life meaning, an aim and roots. But today, if he does not hold on to religion, he runs the risk of succumbing to the culture he himself has produced. Typical features of this crisis are *weak thought*, a hatred for excellence and a failure to understand holiness. In this situation, we Christians are called to express our faith through culture with renewed zeal; this requires, first and foremost, a stronger and more radical awareness of belonging to the Church. The point of reference we need and in which we are rooted is institutional tradition, because the soil in which that Christian culture grows and develops is ecclesial communion.

(Français)

Le Cardinal Carles Gordó relève qu'à d'autres époques, l'homme a reçu de la culture le sens, la finalité et l'équilibre de sa vie, alors qu'aujourd'hui, s'il ne se tourne vers la religion, il court le risque de se perdre dans la culture même qu'il a produite. Caractéristiques de cette crise, la médiocrité de la pensée, la haine de l'excellence, l'incompréhension face à la sainteté. C'est pourquoi les chrétiens sont appelés à redonner vie aux expressions culturelles de leur foi, en particulier à renforcer la conscience d'appartenir radicalement à l'Eglise. Nous avons besoin des points de référence de la tradition institutionnalisée en laquelle nous sommes enracinés; car le terreau de la nouveauté culturelle chrétienne est la communion ecclésiale.

Publicado en *Culturas y Fe* 4/1995